

curso on line

masculinidad



Los hombres en el trabajo doméstico y de cuidados

Edu Portilla Nájera



Índice

Introducción.....	2
1. Los hombres en el trabajo doméstico	4
2. Cuidar las cosas, cuidar a las personas	6
3. Los hombres y los cuidados	12
3.1. El autocuidado.....	12
3.2. El cuidado de otras personas	18
3.2.1. El cuidado de las personas dependientes.....	20
3.2.2. El cuidado de hijos e hijas.....	22

Introducción.

Siempre es una oportunidad compartir con otras personas la percepción propia acerca de los avances que se van dando en el ámbito de la igualdad. El placer es mayor, para mí, al compartir acuerdos, desacuerdos, frustraciones, logros,... en este terreno con otros hombres, pues somos más reacios a abordar estos asuntos en cualquiera de los ámbitos de socialización en los que nos desempeñamos. En la medida en que yo también me considero hombre, se me atribuyen cultural y socialmente unas tareas y unas expectativas acordes a mi género, a las que yo me esfuerzo en responder adecuadamente.

A lo largo de este tema, se ofrecerán datos actualizados en cuanto a los dos grandes aspectos mencionados en el título: trabajo doméstico y de cuidados. Ambos dos, quizás mayormente el segundo, abarcan diversos ámbitos lo suficientemente amplios como para considerarlos por separado. No obstante, el objeto del presente tema no consiste en realizar un análisis exhaustivo del desempeño de los hombres en los diferentes espacios comprendidos dentro de los cuidados, sino más bien, en comprender cuáles son las razones que nos llevan a los hombres a mostrar resistencia a asumir decididamente las tareas de cuidado.

Si bien se presentarán algunos conceptos teóricos en el marco de la igualdad, el feminismo, el cuidado, el género, el condicionamiento social... considero imprescindible la interpelación personal en cada uno de los temas que comprenden este curso. Mi recomendación personal es que cada quien identifique en su realidad diaria cuál es su postura ante cada uno de los ámbitos de socialización que comprenden los diferentes temas, entendiendo por postura, no el posicionamiento teórico, sino la actitud real que asume. Si estamos abordando la dedicación personal en el cuidado de las personas mayores, lo que me hará crecer no será el conocimiento que yo tenga de los datos de diferentes encuestas, sino la capacidad que posea para situarme en ese rol, identificando cuáles son los sesgos de género que empujan hacia ese comportamiento.

La experiencia de 12 años formando parte de un grupo de hombres, la interpelación personal, la experiencia de verme como padre de cada uno de mis 3 hijos y la experiencia de cuidado familiar de mi aita, durante 5 años padeciendo una enfermedad degenerativa, me llevan a afirmar que ponerse manos a la obra es imprescindible para avanzar en la asunción de actitudes más igualitarias. El conocimiento teórico puede aportar pistas en ese camino, pero me atrevo a decir

que sin el desempeño efectivo de las tareas no es posible un cambio significativo en la posición de los hombres respecto a la de las mujeres en el ámbito doméstico y de cuidados.

La identificación de los mecanismos que nos llevan a las personas a asumir unas u otras responsabilidades es una ardua tarea íntimamente relacionada con la educación que recibimos desde el nacimiento, las expectativas que otras personas pusieron en nuestro desarrollo y la capacidad de respuesta que hemos ido teniendo de acuerdo a nuestra situación familiar, socioeconómica, ambiental, laboral,... y otras variables que podamos sumar. Sin embargo, el género atraviesa todas ellas y condiciona nuestro desarrollo personal, acumulando privilegios en el caso de los hombres y barreras en el de las mujeres.

Quiero señalar también en esta introducción que de ninguna manera es mi intención culpabilizar a los hombres. Estas ideas son producto del estudio estadístico y de la experiencia en diversos ámbitos en los que la igualdad y el género tienen una importancia significativa. Para abordarlos se hace necesario generalizar, pero nada más lejos de mi intención que hacer culpables a unos hombres que ni los conozco; de ningún modo me atreveré a juzgarles. Como diría el segundo acuerdo tolteca del libro “Los cuatro acuerdos” de Miguel Ruiz, “No te tomes nada personalmente”.

De la misma manera, tampoco pretendo presentar a los hombres como víctimas. Todas las personas que habitamos nuestro mundo somos víctimas del patriarcado capitalista, todas, independientemente del lugar de nacimiento, raza, sexo, identidad,... pero lo serán más quienes acumulen características que en su realidad diaria conlleven uno o varios factores de discriminación. Es obvio que la variable sexo¹ hace que los hombres seamos sobrevalorados en nuestras acciones, tanto si realizamos una tarea catalogada como masculina (dirigir una empresa) como desarrollando labores que durante la historia se han adjudicado a las mujeres (cuidar de un bebé).

Así pues, estos son los criterios con los que se han elaborado las siguientes páginas. Espero poder contribuir con ellas a que otros hombres puedan acercarse a actitudes igualitarias.

¹ La tipología de los hogares y modelos convivenciales es cada vez más diversa y no pretendemos aquí un análisis exhaustivo de los diferentes tipos de familia. Siendo conscientes de que el binomio hombre-mujer hace aguas por todos los sitios, nos limitaremos a exponer los factores sociales y los sesgos de género que provocan una muy desigual responsabilización en el ámbito de los cuidados de quienes se identifican dentro de estas categorías.

1. Los hombres en el trabajo doméstico.

Huelga decir que las tareas domésticas conforman un grupo de tareas calificadas, en mayor o menor medida, con adjetivos peyorativos; desagradables, invisibles, desagradecidas, pesadas, monótonas,... no en vano son labores que desarrollamos sin haberlas elegido previamente, sin habernos preparado para ello y que las realizamos a diario.

El capitalismo ha incrementado la exigencia en cuanto al estado de las cosas que tenemos. No es la intención extenderse demasiado en este aspecto, pero es necesario afirmar que somos lo que somos y no lo que tenemos, menos aún lo que enseñamos. Nos ha sido transmitido que debemos cuidar las cosas, en gran medida, por si llega el día en que tengamos que enseñarlas. Esto que, tras una primera lectura rápida, podría resultar una estupidez, tiene como máximo exponente los salones de las casas de familias burguesas, en los que no se podía entrar salvo para enseñarlos cuando llegaban las visitas. Esta tradición ha ido difuminándose con el paso de los años, no obstante, todavía quedan vestigios. Afortunadamente, muchas de las abuelas actuales han sufrido una transformación que les permite no entrar en cólera cuando sus nietas y nietos saltan sobre los sofás que únicamente habían sufrido el impacto de ojos visitantes, mientras las madres y padres que lo observan no dan crédito al recordar la prohibición de traspasar esa puerta.

Por otra parte, las revoluciones industrial y tecnológica han contribuido a la ostensible reducción del tiempo de dedicación a la realización de las tareas domésticas. Todas las personas nos hemos beneficiado de ello. Y el avance se ha manifestado en todos los ámbitos de la vida, también en las tareas domésticas. Siendo consciente de que sería un atrevimiento por mi parte generalizar, recuerdo a mi querido aita mostrando su desacuerdo con ama, cuando ella exponía que la lavadora fue para ella el electrodoméstico que mayor alivio procuró a las mujeres de su tiempo. Aita, no podía concebir como alguien podía situar el invento de la lavadora por encima del de la cosechadora. Ambos nacieron y se criaron en pequeños pueblos de la geografía alavesa, pero concedían un nivel de importancia muy distinto a los avances relacionados con el mantenimiento de la vida. Para aita, era infinitamente superior la aportación de los avances que impulsan la producción. Utilicemos, pues, lavadora y cosechadora como iconos representativos de lo doméstico y lo público. Conozco de primera mano las ventajas de la primera respecto a realizar el trabajo de forma manual. No puedo decir que sea un gran conocedor de la maquinaria agrícola, pero no soy ignorante respecto a la producción y recolección de cereal en nuestra provincia. Veamos a continuación

varios elementos de análisis que aportan argumentos diferenciadores de lo que representan los iconos elegidos.

En primer lugar, la lavadora representa un avance en la realización de una tarea que se realiza de puertas adentro. No goza de visibilidad alguna y, dentro de la casa, se sitúa en la cocina, lugar poco interesante para las visitas. La cosechadora, en cambio, realiza un gran aporte en una tarea que se desarrolla de puertas afuera.

En segundo lugar, la lavadora realiza una función que se sitúa en el conjunto de tareas que contribuyen al mantenimiento de la vida, no supone aportación tangible alguna. Sin embargo, la cosechadora cumple una función productiva, aporta a la economía familiar o industrial.

En tercer lugar, la lavadora viene a sustituir una función que se lleva a cabo con una periodicidad muy alta. Dependiendo del tamaño familiar, su uso puede ser diario, cada dos días, dos o tres veces por semana,... Por el contrario, el uso de la cosechadora se reduce a unos pocos días al año en la temporada de cosecha de cereal. Consiste en un uso muy intenso en un corto periodo de tiempo.

En cuarto lugar, la lavadora, si bien se utiliza con una frecuencia muy alta, los tiempos de dedicación son cortos, permitiendo la realización de otras tareas complementarias relacionadas con el mantenimiento de la vida. Muy distinto es el requerimiento temporal de la cosechadora. Exige una dedicación exclusiva que exime o imposibilita a quien la asume la realización de otras tareas.

Los cuatro elementos de análisis expuestos más arriba, vienen a confirmar la realidad de los trabajos en cuanto a los estereotipos asignados a hombres y a mujeres, correspondiendo con las siguientes características:

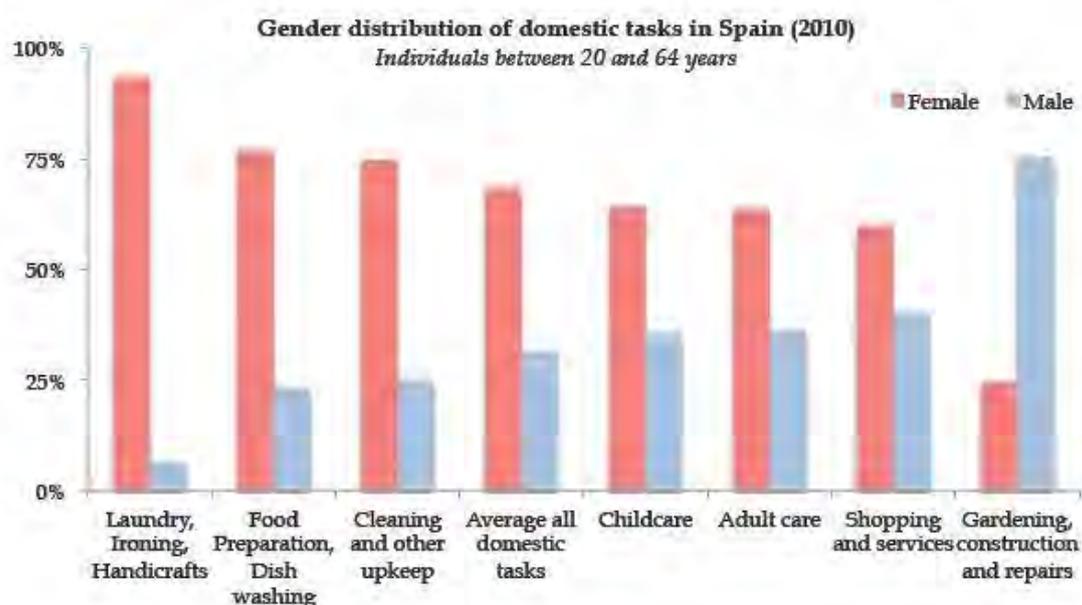
Empleo o trabajo femenino:

- Invisibilidad: Puertas adentro
- Reproductivo: mantenimiento de la vida/no remunerado
- Dedicación: diaria
- Especialización: no especializado, multitarea

Empleo o trabajo masculino:

- Visibilidad: Puertas afuera
- Productivo: remunerado
- Dedicación: esporádica
- Especialización: dedicación exclusiva

Para concluir con esta introducción, se incluye aquí un gráfico extraído del Informe “Gender Gaps in the Spanish Labor Market”, J. Ignacio Conde-Ruiz FEDEA and Universidad Complutense Ignacio Marra de Artíñano FEDEA. Nos parece significativo por mostrar de manera resumida, dónde estamos los hombres en el ámbito de las tareas del hogar y en qué nos esforzamos dentro del ámbito doméstico (Tabla 1).



Fuente: Gender Gaps in the Spanish Labor Market

Tabla 1

2. Cuidar las cosas, cuidar a las personas.

Si bien será en la segunda parte donde abordemos el tema de los cuidados, en el ámbito de las tareas domésticas hay un elemento intrínseco que tiene que ver con el cuidado. Realizar las tareas domésticas no es un fin en sí mismo, salvo si se hace de manera remunerada. El fin de las tareas domésticas repercute directamente en la ocupación en las otras personas. Cuando realizamos las tareas domésticas, el objeto está relacionado con nuestro bienestar o el de otra u otras personas.

Si dedicamos tiempo a comprar alimentos, cocinarlos, limpiar los utensilios,... el objeto es posibilitar la alimentación propia, familiar, de otras personas,... Es decir, el bienestar de las personas.

Cuando dedicamos parte de nuestro tiempo a limpiar el hogar, salvo excepciones de personas que se sitúan en los extremos por defecto o por exceso, lo hacemos para que las personas que allí vivan se sientan a gusto, estén más cómodas.

Es aquí donde podemos encontrar las mayores diferencias respecto a las necesidades de hombres y mujeres en cuanto a la realización de las tareas domésticas.

A continuación, exponemos una clasificación de las tareas por tipologías, por tolerancia según sexo y presión social:

- **Tareas relacionadas con el cuidado de la alimentación:** recogemos aquí la compra de alimentos, la elaboración de menús, la preparación de los platos y la limpieza de los utensilios elaborados.

Podemos señalar que la concepción de la transmisión de los saberes de madres a hijas ha perdurado en nuestra sociedad hasta hace pocas décadas. La repetición de roles heredados es un obstáculo para equiparar esa realidad.

Asimismo, el cuidado de la dieta está asociado a la imagen corporal que se nos impone según los cánones de belleza de cada momento histórico. Ahondaremos en este tema en el apartado del autocuidado, mas señalaremos aquí una exigencia mayor hacia el cuidado de la alimentación sobre las mujeres.

Si sumamos la invisibilidad de esta función, por no trascender el ámbito doméstico, vemos que la dedicación de hombres y mujeres a esta tarea queda como indica la tabla del Instituto Nacional de Estadística (INE a partir de aquí) a continuación:

Tiempo medio diario dedicado por hombres y mujeres, que conviven en pareja, a las actividades de trabajo no remunerado y diferencia. 2009-2010 (horas: minutos).

	Mujeres	Hombres	Diferencia
TOTAL	5:47	2:47	3:00
Hogar y familia	5:07	2:14	2:53
Actividades para el hogar y la familia no especificadas	0:20	0:05	0:15
Actividades culinarias	1:45	0:28	1:17
Mantenimiento del hogar	0:59	0:19	0:40
Confección y cuidado de ropa	0:30	0:01	0:29
Jardinería y cuidado de animales	0:08	0:23	-0:15
Construcción y reparaciones	0:01	0:07	-0:06
Compras y servicios	0:35	0:23	0:12
Gestiones del hogar	0:01	0:02	-0:01
Cuidado de niños	0:43	0:24	0:20
Ayudas a adultos miembros del hogar	0:04	0:03	0:01

Trabajo voluntario	0:13	0:10	0:03
Trabajo voluntario al servicio de una organización	0:00	0:01	-0:01
Ayudas informales a otros hogares	0:13	0:09	0:04
Trayectos	0:27	0:23	0:04
Trayectos debidos a actividades del hogar y familia	0:23	0:19	0:04
Trayectos debidos al trabajo voluntario y reuniones (1)	0:04	0:04	0:00

Fuente: Encuesta de Empleo del Tiempo. INE

Tabla 2

(1) Se ha incluido trayectos debidos a actividades participativas por no poder desglosarse

Fuente: Encuesta de Empleo del Tiempo. INE

Lamentablemente la tabla recoge datos de los años 2009-2010, no habiendo actualizaciones posteriores en las encuestas del INE. Podemos contemplar una reducción de la diferencia de los tiempos empleados por hombres y mujeres, de acuerdo a los avances en las políticas de igualdad. No obstante, la diferencia es significativa.

Los hombres hemos sido educados para estar en lugares donde obtenemos reconocimiento, donde nuestro tiempo y nuestro esfuerzo tienen visibilidad. La necesidad del reconocimiento es la que nos hace aumentar sustancialmente el porcentaje de ocasiones en que cocinamos cuando tenemos gente invitada. ¿Cuál es la diferencia real entre cocinar diariamente, sin bombo y platillo, y hacerlo cuando tenemos público? Tomar conciencia de este hecho es el primer paso y ayuda a ver la parte que no vemos, la silenciosa, la que otras personas asumen.

Por último, mencionaremos que esta es una de las tareas que cuando se masculinizan obtienen una relevancia destacada a nivel social. Si en nuestra historia más reciente han sido las mujeres las responsables de esta tarea, hemos asistido a partir de finales del siglo XX a la masculinización de la profesión. Y hoy en día, son hombres las personas más visibles en los medios de comunicación, dato que contrasta en gran medida con la desigualdad que refleja la tabla 1.

- Tareas relacionadas con el cuidado y confección de la ropa: en este apartado se agrupan las responsabilidades consistentes en comprar, confeccionar, arreglar o llevar a arreglar, planchar la ropa...

Este apartado de las tareas domésticas refleja uno de las mayores desigualdades en la asunción de responsabilidades por parte de hombres y de mujeres. La responsabilidad de disponer adecuadamente la ropa para una misma y para las personas que conviven en la unidad familiar la asumen muy mayoritariamente las mujeres.

Vestirse consiste, por un lado, en proteger el cuerpo de las particularidades climatológicas de un determinado lugar, es decir, cuidar el cuerpo. En la medida en que es una tarea doméstica, que queda dentro del ámbito privado, no reporta reconocimiento social.

Por otro lado, vestirse aporta mucha información sobre la imagen que quiere transmitir una persona, no siendo condición “sine qua non” la concordancia entre la persona que hay detrás de la ropa y la imagen que se pretende proyectar.

Estamos ante otra de las profesiones que presentan un mayor abismo al pasar del ámbito doméstico al profesional. La tabla 1 muestra como la participación de los hombres es prácticamente nula en el ámbito familiar, mientras que el porcentaje de profesionales masculinos como modistos o diseñadores al altamente superior. Nos encontramos de nuevo ante el reconocimiento social, ante la necesidad de prestigio que alimenta el patriarcado capitalista.

Y no solo eso. Sucede aquí el “ascenso al Olimpo”. Los hombres no destacamos en nuestra responsabilización en esta tarea. Sin embargo, dentro del colectivo de hombres, o más bien de personas convencidas del impulso de la igualdad, mencionar que “yo también compro la ropa de mis hijos e hijas”, “yo también sé combinar los colores” conlleva un status al que no queremos renunciar. Mientras sean las mujeres quienes lo sigan haciendo, no supondrá un reconocimiento. Si, por el contrario, es un hombre quien participa de ello, inmediatamente le pondremos un pedestal para que pueda mostrarse.

El “ascenso al Olimpo” o aupar a un hombre a un lugar que no le corresponde por méritos propios, sino por pertenecer al sexo masculino es un fenómeno que sucede cuando aquel asume la práctica de una tarea asociada tradicionalmente a las mujeres y que, per se, no conlleva visibilidad alguna. El hecho diferencial es que sea un hombre. Son frecuentes en los medios de comunicación, los reportajes elogiando a hombres conocidos o no que dedican tiempo a las tareas domésticas: “es él quien cocina”, “es un hombre que cuida su casa”, “en su casa es él quien plancha la ropa”,...

La brecha de género en la dedicación personal a las tareas domésticas, es un indicador que no varía en relación a la situación de las personas que conforman el hogar. En la Tabla 2, vemos como los hombres dedicamos significativamente menos tiempo a las tareas del hogar. De aquí podemos deducir el falso mito de que las tareas domésticas están ligadas a la maternidad, a las horas de dedicación a la

crianza, a la cual se asocian gran parte de las mismas. Las diferencias de responsabilidad entre hombres y mujeres se dan igualmente en las parejas que no tienen hijos o hijas e incluso en los hogares unipersonales. Esto nos lleva a pensar que hay mensajes adquiridos que tienen que ver con las expectativas que familiar, social y culturalmente vamos depositando en niñas y niños.

Duración media diaria dedicada a actividades de hogar y familia según tipo de hogar, por las personas que realizan dicha actividad. 2009-2010 (horas y minutos)		
	Hombres	Mujeres
Pareja con hijos	2:34	4:45
Pareja sola	2:34	4:37
Otro tipo de hogar	2:34	4:26
Hogar unipersonal	2:23	3:38
Padre o madre solo, con algún hijo	2:15	3:48

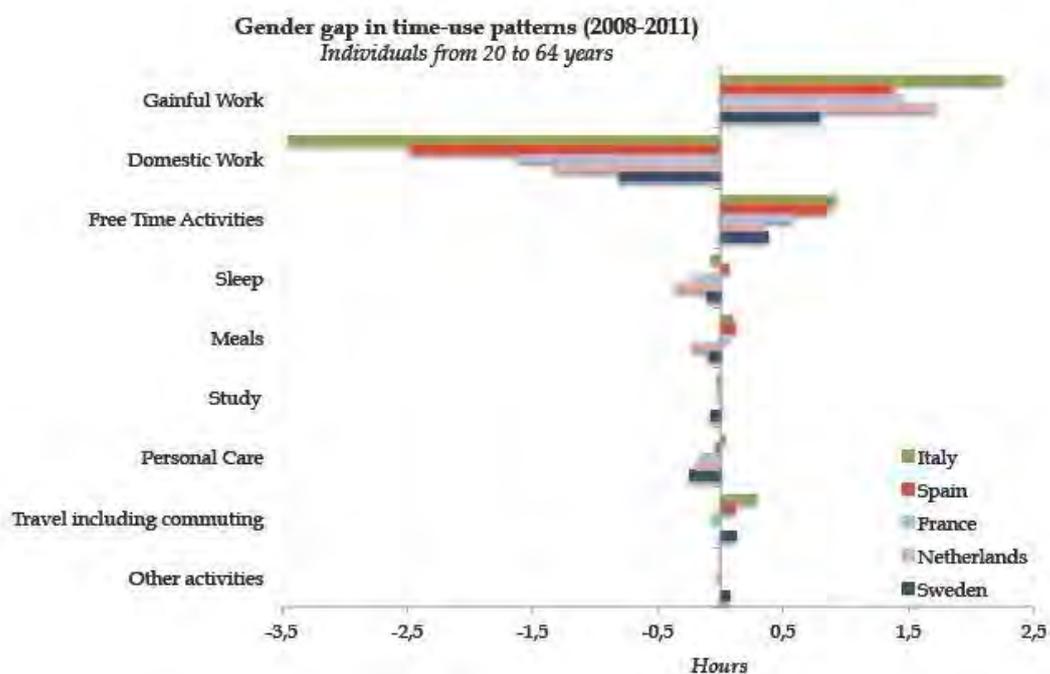
Fuente: Encuesta de Empleo del Tiempo. INE

Tabla 3

El “espejismo de la igualdad” o la falsa creencia de que la sociedad del siglo XXI es una sociedad igualitaria en la que la aplicación de los derechos de hombres y mujeres no discrimina por género, refleja que la realidad está cubierta de un barniz igualitarista que nos devuelve una imagen irreal. En gran medida, los modelos de persona en la ejecución de las tareas del hogar continúan siendo mujeres, incluso en aquellos casos en los que afirmamos que incluimos la perspectiva de género y cumplimos los mandatos legales en la materia.

El Informe “Gender Gaps in the Spanish Labor Market”, J. Ignacio Conde-Ruiz FEDEA and Universidad Complutense Ignacio Marra de Artíñano FEDEA, encontramos datos que corroboran la argumentación expuesta más arriba, señalando que «En España hay poca diferencia de género en cuanto a horas dedicadas al trabajo, porque las tasas de actividad femenina son altas y el porcentaje de trabajo parcial [que suele ser ocupado en mayor porcentaje entre las mujeres] es inferior a otros países”, asegura el estudio. Pero la distribución de tareas domésticas por género es “sumamente desigual” en España en relación con las naciones de su entorno”.

La tabla 3 muestra como esta brecha se cierra a un ritmo inferior a la de participación laboral, por lo que las mujeres trabajan cada vez más mientras siguen arrastrando una carga doméstica mayor que los hombres. Y ofrece cifras. Las españolas dedican 2,5h más que los hombres a estas labores —sólo detrás de Italia entre los países analizados por Fedea—, 1,4h menos al trabajo remunerado y 1h menos al ocio.



Fuente: Gender Gaps in the Spanish Labor Market

Tabla 4

Resumiendo, la realidad de la segregación de las tareas domésticas permanece vigente en la sociedad española. No podemos obviar que cada vez son más los hombres que se acercan a un discurso igualitario y feminista, pero lo cierto es que son menos quienes se ponen el delantal. El peso de la herencia cultural es abrumador, suponiendo una gran losa para un cambio personal real, que con otros muchos, pueda traer un cambio colectivo. Debemos aplaudir los cambios en la percepción de los hombres respecto a sus responsabilidades relacionadas con el mundo reproductivo, pero se quedará en predicar desde el púlpito si eso no se traduce en una práctica igualitaria real en cada hogar.

Insisto en la convicción de que la justificación de los obstáculos que los hombres tenemos a la hora de asumir las tareas relacionadas con el mundo doméstico es inaceptable. Claro que el mundo empresarial no facilita en modo alguno avances en este sentido. Obvio que el concepto de éxito y prestigio social unidos a la realización personal masculina no pasa por este camino. No cabe duda de que el patriarcado condiciona a unas y a otros, impone el modelo de desarrollo personal y colectivo bajo sus presupuestos. Pero no nos equivoquemos. Los hombres no estamos en el vagón de cola, estamos en la locomotora, al calor de los privilegios. Cada uno deberá ver la coherencia de su discurso con su práctica diaria. Bravo por quienes ya han dado un paso firme. Ánimo a quienes están en camino.

3. Los hombres y los cuidados.

A todas las personas nos gusta cuidarnos. ¿A quién no! En las relaciones cotidianas así nos deseamos unas a otras “¡Cuídate!” o felicitamos a alguien “¡Cómo te cuidas!”. La cuestión reside en que la comprensión de esas expresiones es muy distinta, atendiendo a la vivencia de los cuidados que hayamos recibido personal o socialmente. Algunas entenderán que cuando otra persona le recomienda que se cuide, está haciendo referencia a su salud; otras creerán que hace referencia a comer y beber bien; otras pensarán que no deberán trabajar ex exceso,... Podríamos extendernos aquí, pero no es el propósito del tema.

Cuando hacemos referencia a los cuidados, es muy probable que tengamos en mente a personas que necesitan una atención especial, bien por su corta edad (bebés, niñas, niños), bien por su avanzada edad (personas mayores), personas con una discapacidad (física, psíquica,...), bien porque han caído enfermas,... No cabe duda de que estas personas necesitan la colaboración de otras para disfrutar de una calidad de vida satisfactoria.

Sin embargo, las personas somos dependientes desde nacimiento. Necesitamos a la gente incluso para sentirnos seguras, ¿más prueba que esa? Necesitamos cuidados cada día de nuestra vida. Incluso en cosas más mundanas: comer, asearse... También cuando crecemos y enfermamos; o cuando envejecemos... Y cuando nos sentimos débiles, tristes,... emocionalmente mal.

Por tanto, el cuidado es una necesidad de todas las personas. Lo ejercemos diariamente, con mayor o menor grado de conciencia. Podemos hablar aquí de dos dimensiones del cuidado, atendiendo a la persona que cuida y a la que es cuidada: el autocuidado y el cuidado de las otras personas.

3.1. El autocuidado

El autocuidado no es una palabra cuya definición podamos encontrar en el diccionario de la Real Academia de la lengua Española. La encontramos dentro del término “cuidado” como una acepción dentro de ella, con el prefijo “auto-“, a uno mismo, a una misma. Podríamos decir que el autocuidado es un conjunto de actitudes que asume una persona para preservar la vida, la salud y el bienestar. Esto

incluye la modificación de hábitos de vida perjudiciales para la salud y la adopción de estilos de vida saludables.

Desde siempre hemos escuchado en nuestros entornos cercanos, quien más quien menos, que para cuidar a las demás personas es necesario estar bien uno mismo, es decir, hay que darle al cuidado propio la importancia que merece. Si no nos encontramos en condiciones óptimas, la calidad de nuestro cuidado se verá afectada y por ende, quien reciba ese cuidado.

Cuidarse es tener una buena calidad de vida; procurarse los medios materiales necesarios para el desarrollo personal; gozar de una buena salud; contar con una red social necesaria para satisfacer las necesidades relacionales y afectivas; recibir el cuidado emocional vital para un óptimo desarrollo psico-afectivo-emocional; disponer de un tiempo de ocio personal. Y muchas otras cosas, pero quizá con estas tenemos suficiente.

Todas las personas son sabedoras de que cuidarse es todo lo que señalamos arriba. Cada quien podría añadir más, claro, aunque el logro de satisfacer las necesidades citadas podría dejar pletórica a cualquiera. ¿Dónde reside, entonces, la dificultad para que las personas ejerzamos un autocuidado de calidad? ¿Por qué si sabemos muchas de las claves nos resistimos a ello?

En términos generales, en la búsqueda de la felicidad ha aumentado exponencialmente la relevancia de la imagen que proyectamos, frente a lo que realmente somos. El esfuerzo por mostrar a las demás personas nuestras cualidades, nuestro poder, nuestro equilibrio, nuestra bondad, nuestra sabiduría,... se antepone a la necesidad personal de alcanzarlas. Es la forma antes que el fondo. En la era de la imagen, digitalizada o no, somos lo que las demás personas ven. Se nos valora por lo que representamos, por lo que esponsorizamos, no por lo que somos.

Cabe señalar que admitiendo que las exigencias de las industrias de la moda y cosmética dirigidas al público masculino han experimentado un incremento exponencial en los últimos 20 años, la presión recibida por las mujeres es considerablemente mayor a la que reciben los hombres. Las imágenes de la publicidad son un claro ejemplo en este sentido, fabricando ideales inalcanzables tanto para ellos como para ellas. Si bien, lo que para ellos es un criterio de valoración, para ellas es una exigencia.

Dando un pequeño salto, mencionaremos aquí un indicador que marca las primeras diferencias entre hombres y mujeres en el ámbito del autocuidado: la esperanza de vida en hombres y mujeres. En 2016, las cifras hablan de 80,4 años en hombres y 85,9 en mujeres, en España. Los estudios sociológicos vienen a convenir que son varios los factores que explican esta diferencia; factores biológicos, estilos de vida y conductas de riesgo.

Pero ¿por qué los hombres viven menos que las mujeres en un país desarrollado como España? Por una combinación de causas sociales, de hábitos de vida y, probablemente, de factores biológicos. Lucía Artazcoz, directora del Instituto de Servicios a la Comunidad de la Agència de Salut Pública de Barcelona, destaca que *«se socializa de forma diferente a los hombres y las mujeres. Desde que nacemos, a los chicos los educan para que asuman más riesgos». Ellos deben ser tipos duros y competitivos. Un hombre lo es si demuestra su valor y se arriesga y una mujer lo es cuidando a los demás. Los hombres no lloran y las mujeres tienen que ser sensibles y cariñosas. Es verdad que los tiempos están cambiando, pero estos patrones tradicionales siguen presentes. Sobre todo, en las personas de cierta edad, que crecieron en una época que, aunque se recuerde en blanco y negro, sigue grabada en el disco duro de mucha gente».* (¿Por qué ellas viven más? LA VANGUARDIA 27-09-2013).

El primer factor es el menos susceptible de modificar al menos a corto o medio plazo. Los dos restantes están directamente relacionados con las actividades a las que los hombres dedicamos nuestro tiempo, nuestro esfuerzo y nuestros recursos. Son muchas las estadísticas que reflejan esta actitud, esta masculinidad asumida obviando los riesgos y el cansancio que conlleva estar permanentemente en alerta para no mostrar la debilidad, para mostrarse invulnerable ante el miedo, el dolor, la culpa, la vergüenza, la tristeza,... es decir, ante las llamadas emociones negativas. Aceptar ante los demás, tanto ante otros hombres como ante las mujeres, que no sabemos hacer algo, que tenemos miedo, que hemos metido la pata, que estamos tristes por algún acontecimiento, que nos duele el alma,... y aceptar el cuidado de esas personas es un caramelo de un sabor que a los hombres no nos convence. He aquí de nuevo la prevalencia de nuestra imagen ante la satisfacción de una necesidad.

A continuación incluimos dos tablas que pretenden reflejar la menor importancia que otorgamos los hombres al autocuidado:

Percepción personal del propio estado de salud.

	E. Nacional de Salud 2011-2012		E. Europea de Salud 2014	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Muy bueno	23,1	19,4	23,4	19,4
Bueno	53,6	48,1	51,8	47,6
Regular	17,5	22,9	17,9	23,0
Malo	4,8	7,7	5,2	7,3
Muy malo	1,0	2,0	1,8	2,7

Fuente INE

Tabla 5

La tabla 5 muestra la percepción que hombres y mujeres tienen acerca de su salud. El grado de reconocimiento por parte de los hombres de déficits, en este caso en salud, es muy inferior al de las mujeres. Los porcentajes son mayores en los hombres en los ítems en los que nos referimos a reconocer un grado de salud muy bueno o bueno, tornándose menores al tratarse de manifestar un estado de salud propio regular, malo o muy malo.

Consulta al médico de familia en las últimas 4 semanas por grupos de edad y sexo. 2014 en porcentajes.

	Hombres	Mujeres
Total	24,6	33,2
De 15 a 24 años	13,7	23,2
De 25 a 34 años	15,9	26,4
De 35 a 44 años	17,0	27,3
De 45 a 54 años	22,1	30,1
De 55 a 64 años	28,9	37,3
De 65 a 74 años	41,7	43,3
De 75 a 84 años	52,3	52,2
De 85 y más años	55,0	8,0

Fuente: INE

Tabla 6

En la misma línea de la anterior, la Tabla 6 presenta las visitas médicas de hombres y mujeres. En todas las franjas de edad los hombres parecen necesitar cuidados médicos con menor frecuencia que las mujeres. No podemos dedicar un espacio excesivamente largo al ámbito de la salud, por no ser el tema central de este documento, pero sí cabe mencionar que los hombres acuden a las citas médicas acompañados por sus parejas mujeres en un porcentaje considerablemente mayor que las mujeres, las cuales acuden solas frecuentemente. Este hecho confirma que el cuidado de la salud sigue asociándose a las mujeres. Y lo que es más significativo aún, es que son las mujeres quienes toman la decisión de que ellos acudan a solicitar asistencia médica, lo cual provoca culturalmente la adopción de una responsabilidad

ajena por parte de las mujeres y una falta de responsabilidad por parte de los hombres.

A continuación, añadiremos aquí una tabla que analiza las diferencias que existen entre hombres y mujeres acerca de la percepción sobre las limitaciones propias para desempeñar las actividades que permitan un mayor o menor grado de autonomía.

Calidad de vida relacionada con la salud por sexo 2011-2012.

LIMITACIÓN	PERCEPCIÓN SOBRE LA LIMITACIÓN	Hombres	Mujeres
Movilidad	No tengo problemas para caminar	89,1	83,1
Movilidad	Tengo problemas leves para caminar	5,0	7,2
Movilidad	Tengo problemas moderados para caminar	3,5	5,8
Movilidad	Tengo problemas graves para caminar	1,8	3,0
Movilidad	No puedo caminar	0,7	1,0
Autocuidado	No tengo problemas para lavarme o vestirme	95,9	92,0
Autocuidado	Tengo problemas leves para lavarme/vestirme	1,7	3,2
Autocuidado	Tengo problemas moderados para lavarme/vestirme	1,1	2,3
Autocuidado	Tengo problemas graves para lavarme o vestirme	0,6	1,2
Autocuidado	No puedo lavarme o vestirme	0,7	1,2
Act. cotidianas	No tengo problemas para realizarlas	92,3	86,2
Act. cotidianas	Tengo problemas leves para realizarlas	3,4	6,0
Act. cotidianas	Tengo problemas moderados para realizarlas	2,3	4,0
Act. cotidianas	Tengo problemas graves para realizarlas	1,1	2,0
Act. cotidianas	No puedo realizarlas	1,0	1,8
Dolor/malestar	No tengo dolor ni malestar	82,1	68,6
Dolor/malestar	Tengo dolor o malestar leve	10,0	14,5
Dolor/malestar	Tengo dolor o malestar moderado	5,9	11,3
Dolor/malestar	Tengo dolor o malestar fuerte	1,8	5,1
Dolor/malestar	Tengo dolor o malestar extremo	0,3	0,5
Ansiedad/depresión	No estoy ansioso/a ni deprimido/a	90,0	81,0
Ansiedad/depresión	Estoy levemente ansioso/a o deprimido/a	6,3	10,4
Ansiedad/depresión	Estoy moderadamente ansioso/a o deprimido/a	2,5	5,8
Ansiedad/depresión	Estoy muy ansioso/a o deprimido/a	1,0	2,3
Ansiedad/depresión	Estoy extremadamente ansioso/a o deprimido/a	0,3	0,6

Fuente INE

Tabla 7

Otra vez nos encontramos con la dificultad masculina para reconocer las limitaciones personales en cuanto a la no necesidad de ayuda, de cuidado, por parte de otras personas, en tanto en cuanto nos hace vulnerables, dependientes. En todos los ítems es superior el reconocimiento de la limitación por parte de las mujeres, llegando en algunos de ellos a duplicar la tasa de los hombres. Para terminar el apartado del autocuidado, aportamos dos estadísticas sobre las cifras absolutas de personas condenadas y las defunciones por sexo y grupo de edad. Ambas son reflejo de la relación entre socialización masculina y violencia. Las consecuencias de esa socialización son muy perjudiciales para los hombres. El mayor ejemplo lo tenemos en la franja de edad de 15 a 29, reflejo de actitudes de riesgo y hábitos no saludables.

Defunciones por grupos de edad y sexo 2015

	Hombres	Mujeres
Total	50,5	49,5
De 0 a 14	56,4	43,6
De 15 a 29	71,2	28,8
De 30 a 44	65,3	34,7
De 45 a 59	66,8	33,2
De 60 a 74	68,0	32,0
De 75 a 89	50,0	50,0
De 90 y más	31,3	68,7

Fuente INE

Tabla 8

Personas condenadas por edad. 2015.

	Total	% mujeres
Total Edad	222.862	14,4
De 18 a 20 años	19.244	14,6
De 21 a 25 años	33.504	15,6
De 26 a 30 años	33.315	15,4
De 31 a 35 años	33.901	14,5
De 36 a 40 años	31.618	14,0
De 41 a 50 años	44.908	13,8
De 51 a 60 años	19.089	12,6
De 61 a 70 años	5.737	11,9
Más de 70 años	1.546	13,1

Fuente: INE

Tabla 9

Como en varios momentos más arriba y más abajo en el texto, quiero recordar que no todos los hombres responden al mismo patrón machista, ni de la misma forma ni con la misma intensidad, pero ninguno de nosotros es ajeno a la expectativa social de que nuestro comportamiento ha de ir por esos derroteros. En el camino de unas relaciones más igualitarias con otros hombres y con las mujeres, hay quienes están en el primer paso, esto es, la toma de conciencia, quienes han avanzado hacia la asunción de responsabilidades en el cuidado, quienes han interiorizado y puesto en práctica actitudes corresponsables,... Somos diversos, personas.

3.2. El cuidado de otras personas.

En el apartado anterior hemos reflejado la diferencia en las actitudes de autocuidado entre hombres y mujeres. Cómo los hombres hemos sido empujados social y culturalmente a asumir actitudes de riesgo, sin otorgar al cuidado personal la importancia que merece. Unido a ello, la presión social hace que si bien somos conocedores de la propia vulnerabilidad, no tengamos la valentía de reconocerla ante otros hombres ni ante las mujeres.

No encontraremos en esta segunda parte de los cuidados actitudes muy distintas de las mencionadas, pero afortunadamente se han producido avances en la asunción de responsabilidades de cuidado por parte de los hombres en los últimos años. A pesar de que como señala Joan Tronto gozar de privilegios y cuidar no son de fácil relación, los hombres vamos, aunque muy lentamente, acercándonos a las tareas de cuidado.

“De ahí viene la opresión de la mujer, de entender el cuidado como algo natural. Pues los roles sociales los creamos nosotros. Y esto es una cuestión de justicia: unos privilegiados bloquean a otros que lo son menos. Los que están arriba, fruto de su posición, hacen que los otros hagan lo que ellos no quieren. Y por esa simple razón, los hombres, que son los que están arriba, los presentes en la esfera pública, han relegado a las mujeres... A sus casas. La pregunta es: ¿Es más natural para las mujeres la cura? No. Son enseñadas a cuidar, lo hacen por el privilegio de los hombres”. Joan Tronto, entrevista eldiario.es en septiembre de 2016.

El cuidado engloba una cantidad de hábitos que realizamos de manera más o menos regular, pero que reportan un beneficio a quien los realiza, dando por sabido aquí que cada quien entenderá esta práctica a su manera. En rasgos generales, podemos afirmar que la concepción del cuidado varía de acuerdo a características geográficas, culturales, sociales, económicas,... Dado que podría no resultar riguroso recoger aquí conceptos de cuidado de lugares y culturas con idiosincrasias

dispar, nos limitaremos a la dedicación de los hombres españoles a los cuidados y, en todo caso, a los países de nuestro entorno por compartir hábitos relativos a este ámbito.

Puestos a la tarea de comprender todas las actividades relativas a los cuidados, utilizaremos algunas estadísticas de instituciones oficiales, también alguna que otra hipótesis derivada de la observación y la experiencia. No obstante, damos el pistoletazo de salida con un aparentemente inocuo ejercicio de búsqueda en la red:

Escribimos “hombres y cuidados” en el buscador *google* (el buscador utilizado en el 98% de las búsquedas realizadas). Estas son las 3 primeras entradas que obtenemos:

- *Cuidado personal / Men`s Health*
- *Cuidados cosméticos para hombres jóvenes novatos*
- *Cuidados cosméticos básicos para hombres*

A continuación tecleamos “mujeres y cuidados”, obteniendo las siguientes:

- *Cuidar no es más natural para las mujeres, lo hacen por el privilegio...*
- *Los cuidados y las mujeres en las familias*
- *Los cuidados y las mujeres en las familias. Revistas Científicas...*

El resultado es aplastante. En el caso de los hombres, las entradas se refieren al cuidado de la imagen, al culto al cuerpo, a incentivar el consumismo en forma de cosmética. Ya mencionábamos más arriba que es uno de los negocios que mayor incremento ha experimentado en la economía. De ningún modo, encontramos referencia alguna que pueda hacernos relacionar hombres y cuidado de las personas. Realmente desesperanzador y deshumanizante.

Por el contrario, en el de las mujeres no queda ninguna duda de que el cuidado es cosas de ellas. Por un lado, podemos pensar que es totalmente anacrónico que en el siglo XXI siga latente la naturalización del cuidado en las mujeres. Obviamente, el buscador refleja la realidad de esa naturalización de los cuidados en nuestros hogares, en nuestra sociedad.

Si hacemos un ejercicio de recordar momentos felices en nuestra vida, nos daremos cuenta de que muchos de ellos vienen de los cuidados que hemos recibido de otras personas. Y habrá otros que no identifiquemos de esa forma, pero que para que se pudieran producir haya sido necesario que alguien haya satisfecho nuestras necesidades.

La interiorización de la necesidad de cuidados, de los modelos y el hecho de haberlos recibido desde nuestro nacimiento, hacen que nuestras expectativas estén construidas sobre esos presupuestos. Y esas proyecciones nos condicionarán tanto en nuestro papel como potenciales personas cuidadoras, como en el de cuidadas. En cuanto receptoras de cuidados, hombres y mujeres los hemos recibido, pero no de la misma forma, ni con énfasis en los mismos aspectos. A los niños y a las niñas se nos ha cuidado de manera diferente, por lo que hemos interiorizado que debemos recibir cuidados de la manera en la que hemos aprendido. De ahí, que la forma en la que desean ser cuidadas las personas mayores puede que no sea igual en hombres y en mujeres.

3.2.1. El cuidado de las personas dependientes.

Habitualmente, cuando hablamos de hombres y cuidados, situamos en primer lugar la paternidad, no obstante es el ámbito del cuidado que más satisfacciones reporta, sin querer por ello restar importancia a la dedicación que merece. Sin embargo, cuidar a un niño o a una niña tras el nacimiento atesora gran cantidad de ventajas que el cuidado de otras personas no proporciona. Así pues, dediquemos el primer espacio a este otro ámbito del cuidado.

La diferente socialización de niños y niñas en materia de cuidados desemboca en la edad adulta, y más si cabe en la última etapa de la vida, en una general incapacidad de los varones para cuidarse y cuidar a las personas cercanas de forma óptima. Ya abordamos anteriormente el autocuidado; respecto al cuidado de otras personas, las mujeres, además de ser quienes asumen mayoritariamente esta función, proporcionan cuidados de mayor calidad y los reciben de peor calidad. Confluyen aquí varios factores:

- Socialización hacia los cuidados en general: desde los primeros años, se les asignan tareas domésticas y de cuidado en mayor medida que a los niños. Los juegos que representan cuidados son para ellas. Por ello, han experimentado el rol de cuidadoras con asiduidad a lo largo de su vida.
- Autocuidado: están más acostumbradas a cuidar su salud, su alimentación, hábitos saludables,...
- Desarrollo de habilidades: han necesitado ser pacientes, empáticas y tienen mayor conocimiento de los medicamentos desde su rol de cuidadoras.
- Valoración del cuidado: han ejercitado el cuidado asiduamente, por lo que tienen facilidad para otorgarle su valor real.

Los hombres, por el contrario, suelen ser “peores enfermos”, más exigentes con la persona que les cuida por no haber asumido, o en contadas ocasiones, la totalidad de las tareas de cuidado. Así, como refleja la tabla inferior, los hombres que asumen el cuidado, lo hacen en un porcentaje menor en su totalidad, mientras que las mujeres presentan una mayor autonomía en el propio cuidado y el cuidado de otras personas.

Personas que conviven con alguna persona con limitación.

	Hombres	Mujeres
Él o ella solo/a	16,6	49,4
Lo comparte con otra persona	71,2	39,7
Otra persona remunerada que no reside en el hogar	4,8	5,0
Los servicios sociales	0,3	0,8
Otra situación	7,1	5,1

Fuente INE

Tabla 9

La presión que nuestra sociedad patriarcal ejerce sobre las mujeres, naturalizando sus dones para dedicarse a otras personas, trae como consecuencia en los momentos de la vida en los que se requiere de una persona que dedique parte o la totalidad de su jornada al cuidado de otra persona, la búsqueda de mujeres que puedan asumirlo. Si no es la esposa, será la hermana, o la hija, o la nuera,... Si los esfuerzos por encontrar mujeres no dan los frutos esperados, comienza la identificación de posibles cuidadores masculinos. El grado de parentesco se reduce, la menor esperanza de vida colabora y la disposición de los mismos reduce considerablemente las posibilidades. En definitiva se puede afirmar que sólo cuando falta una red asistencial femenina entra en funcionamiento la red asistencial masculina. Así lo refleja la tabla a continuación:

Excedencia por cuidado de familiares

	Excedencia por cuidado de familiares											
	2016	2015	2014	2013	2012	2011	2010	2009	2008	2007	2006	2005
% madres	84,04	84,58	84,67	85,22	85,67	85,07	84,89	85,51	84,46	84,39	84,89	84,42
Mujeres	8.421	7.924	6.923	5.703	5.245	5.276	5.209	4.534	4.784	4.575	3.336	2.813
Hombres	1.599	1.445	1.25	989	877	926	927	768	880	846	594	519

Fuente Instituto de la mujer y para la igualdad de oportunidades

Tabla 10

Todo lo señalado anteriormente hace que los hombres lleguemos a mayores habiendo acumulado un escaso bagaje en este ámbito, reflejo directo de los

privilegios que se nos asignan por nuestra condición masculina. Sin embargo, disponemos de más tiempo de ocio, es decir, de mayores posibilidades de decidir a qué dedicamos una parte del tiempo. Hemos podido ocupar el espacio público en mayor medida que las mujeres, sin necesitar méritos propios.

Por el contrario, en los últimos años de nuestra vida, tenemos más dificultades para acometer las tareas en solitario. El grado de autonomía para el cuidado personal y la realización de las tareas domésticas básicas es significativamente menor en los hombres. *«Desde el punto de vista psicológico, ellas tienen más recursos en el campo emocional y gestionan mejor que los hombres las pérdidas»*, según Montserrat Lacalle, profesora de Estudios de Psicología de la UOC. Tenemos más conocidos, pero menos amigos. *«De hecho para muchos hombres su esposa es el único apoyo emocional del que disponen. Las esposas suelen ser quienes mantienen el contacto (telefónico, a través de visitas) con el resto de familiares y cuando enferman gravemente los hombres se sienten aislados y desconectados de la familia»* (Kramer, 2002).

Concluyendo, por el diferente valor que nuestra sociedad patriarcal y capitalista otorga a los roles productivo y reproductivo, los hombres disponemos de privilegios en aquellas facetas de mayor visibilidad y necesarias para el mantenimiento de la producción. Ello nos reporta un reconocimiento social alto. Como precio, gozamos de peor salud, establecemos un menor número de relaciones de amistad y padecemos la soledad en los últimos años de nuestra vida, en mayor grado que las mujeres.

«Mi padre ha muerto solo. Aparte de la compañía de mi madre enferma y yo, habrá tenido 4 o 5 visitas en los dos años previos a su muerte. Somos una familia muy pequeña y además los familiares no siempre están. No tiene amigos. Yo no quiero eso para mí. Yo quiero hacer unas relaciones más cercanas, más intensas con vosotros, que podamos ser unos sostén de los otros, que podamos tener una red emocional que nos procure cuidados. Como dice Oscar, que podamos experimentar la humanidad compartida». (Txus, miembro de un grupo de hombres de Gasteiz).

3.2.2. El cuidado de hijos e hijas.

Ya hemos señalado anteriormente la desigual tendencia a asumir responsabilidades de cuidado entre mujeres y hombres. Igualmente en capítulos anteriores del presente curso se han ofrecido diversos análisis sobre la materia. La naturalización

del cuidado como una responsabilidad femenina condiciona la desigual ocupación de los espacios privado y público por sexo.

En el ámbito de la paternidad/maternidad es más acentuada esta diferencia, pues la naturalización de los cuidados ligados a la maternidad resultan aún más estereotipados que los cuidados de familiares. Como muestra, reflejamos aquí las palabras de David Bravo, diputado en el Congreso que renunció a su candidatura por priorizar la crianza de su hijo:

«Hoy El Mundo saca un artículo bastante elogioso sobre mis razones para renunciar a ir en las listas para el Congreso por tener que ver con la crianza de mi hijo. Me ha hecho ilusión leerlo y lo agradezco de verdad, pero quisiera hacer al respecto un comentario: insisto en que las mujeres vienen haciendo este mismo sacrificio desde hace décadas sin que a nadie se le mueva una ceja, supongo que por considerarse que es su exclusiva y natural obligación y, en nuestro caso, una generosa y heroica concesión. Mi caso no debe servir para dedicarme un artículo, sino para poner sobre la mesa la encrucijada en la que se encuentran muchas mujeres a diario para lograr la conciliación laboral y la maternidad. Es decir, reconocer, de una vez por todas, el sacrificio rutinario, habitual y absolutamente normalizado que hacen miles de mujeres a diario en todo el mundo, sacrificio que, al parecer, solo es digno de aplauso cuando lo hace un hombre».

Afortunadamente, cada vez son más los hombres que se acogen a medidas de conciliación. Excedencias o reducciones de jornada son las dos medidas que requieren una mayor implicación por dedicar parte o la totalidad de la dedicación productiva.

Excedencia por cuidado de hijos e hijas

	2016	2015	2014	2013	2012	2011	2010	2009	2008	2007	2006	2005
% madres	92,63	93,33	94,02	94,50	94,98	95,52	95,48	95,90	96,11	95,75	96,09	96,67
Madres	37.531	33.779	29.554	26.497	28.163	32.599	33.239	32.549	36.300	33.335	30.052	27.457
Padres	2.986	2.416	1.881	1.541	1.488	1.529	1.573	1.393	1.471	1.481	1.223	946

Fuente Instituto de la mujer y para la igualdad de oportunidades

Tabla 10

No cabe duda que la cultura patriarcal, la imagen estereotipada de los hombres “no productivos”, la presumible menor capacidad de los hombres para cuidar de niños y niñas,... reman en la dirección contraria. No podemos obviar que los obstáculos

existen. No obstante, los avances en la duración del permiso de paternidad, partiendo de 2 días a comienzos del siglo XXI, pasando por los 13 aplicados a partir de marzo de 2007 y llegando a los 28 días a partir del 1 de enero de 2017, si bien se ha ido retrasando desde 2011, año en el que ya estaba contemplada, han contribuido a una mayor implicación de los hombres en el ejercicio de la paternidad.

Este permiso ha sido disfrutado en los últimos años, con pequeños altibajos, por aproximadamente el 80% de los padres. A pesar de que es un derecho legal intransferible (si el padre o el otro progenitor o progenitora no lo disfrutan se pierde) y retribuido al 100%, un 20% no hace uso del mismo. Las resistencias que explican dicha pérdida en el ejercicio de una paternidad corresponsable son de diversa índole, pero destacaremos aquí las tres siguientes:

- el miedo a empeorar las condiciones laborales o a represalias. Muchos hombres manifiestan ser conocedores del permiso, pero la inestabilidad laboral y el miedo a perder el puesto de trabajo les empuja a obviarlo. No lo solicitan. Este permiso protege al trabajador conservándole su puesto de trabajo en las mismas condiciones previas al disfrute. Asimismo, los hay que reconocen no disfrutarlo porque el hacerlo puede restar oportunidades de promoción profesional. La falta de sensibilidad del empresariado, así como la minusvaloración de otras aptitudes diferentes a la productividad provocan penalizaciones de diversa índole. El sexismo en las empresas discrimina a las personas que toman decisiones contrarias al mantenimiento de la estructura patriarcal capitalista. Fundamentalmente son mujeres quienes manifiestan otras prioridades distintas al ámbito laboral, mas los hombres que deciden optar en la misma línea, también padecen las consabidas consecuencias.
- el desconocimiento de su existencia: en la actualidad, son aislados los casos de padres que no tengan acceso a esta información, si bien excepciones las hay. En los últimos 10 años, en los cursos de cuidado a menores de 0 a 3 años, hemos podido constatar esta realidad.
- el mantenimiento de los roles masculino y femenino en la crianza. De un lado, el convencimiento en personas de ambos sexos de las supuestas carencias de los hombres para una adecuada crianza, y por ende, la cualificación natural de las mujeres, retrae a aquellos a disfrutarlo, manteniéndose en su labor productiva.

Son numerosas las resistencias ante el permiso de paternidad. El ejercicio de la paternidad no se reconoce como un valor en sí mismo y como un aporte a la

consecución de una sociedad más justa e igualitaria. Al contrario, se ve como una amenaza que irrumpe echando por tierra el reparto de responsabilidades entre los sexos, deshaciendo el concepto de complementariedad entre el hombre y la mujer, muy presente hasta hace 2 décadas y vigente aún en muchas mentalidades, que siguen comiendo naranjas a medias.²

La labor de sensibilización de la sociedad sobre el papel de los hombres en la crianza lleva décadas en acción. Las campañas de asociaciones de hombres por la igualdad, el Foro estatal y la Red de hombres por la igualdad, así como algunas iniciativas institucionales han procurado avances en este terreno. La visibilización de masculinidades cuidadoras ha atraído a hombres que no se identifican con la masculinidad patriarcal hegemónica.

Los años de experiencia en grupos de hombres nos han dejado claro que la paternidad es un momento especialmente sensible en el que muchos hombres descubren un mundo nuevo, el del cuidado. Ante él, se suceden todo tipo de reacciones que van desde el miedo a lo desconocido, pasando por la dificultad para la multitarea hasta el descubrimiento del placer de cuidar. Así, los hombres que optan por dedicar un periodo de tiempo más allá de los permisos, establecen un vínculo emocional con sus hijas e hijos que marcará positivamente la relación paterno filial durante el crecimiento. No queremos decir aquí que de no ser así, no pueda existir tal vínculo, pero sí que la corresponsabilización de los padres para con sus parejas mujeres será mayor y contribuirá a un reparto equitativo en las tareas educativas y de crianza.

Mención especial en este tema requiere la PPIINA (Plataforma por Permisos Iguales e Intransferibles de Nacimiento y Adopción) que exige permisos iguales para hombres y mujeres, de disfrute individualizado y pagados al 100%. No nos extendemos, si bien es de obligada visita su página web donde hallaremos estudios sobre los permisos de paternidad (www.igualeseintransferibles.org).

Somos conscientes de que nos hemos dejado infinidad de experiencias y planteamientos en el tintero. No obstante, en la bibliografía pueden consultarse materiales que aportarán conocimiento a este documento.

Para concluir, recogeré de nuevo la principal intención de este documento, además de la de aportar conocimiento sobre el tema: acercar a los hombres hacia actitudes

² El mito de la media naranja tiene su origen en “El banquete”, de Platón, en el que explica cómo al principio la raza humana era perfecta, existiendo seres complejos que no necesitaban de otros seres que los completaran. Al separarse en dos surgieron relaciones de dependencia de ambas mitades. En la actualidad, se encuadra en el mito del amor romántico, el cual se basa en mostrar a las mujeres como seres incompletos a la espera de un hombre que les haga felices.

más corresponsables en el cuidado. Queda ahora, ponerse manos a la obra y experimentar el autocuidado, que allanará nuestro camino y nos capacitará para el cuidado de otras personas, construyendo así, de forma conjunta, la humanidad compartida.

«Las mujeres han conquistado cada palmo de terreno al tiempo que ofrecían a los hombres un mundo de posibilidades insospechadas. Han logrado avances en ámbitos como la democratización en la toma de decisiones en los hogares, la incorporación de los varones a la crianza y las tareas del hogar, la corresponsabilidad anticonceptiva y profiláctica, la paridad en listas electorales y gobiernos, o el reparto del mercado de trabajo. Algunos hombres las hemos apoyado en este proceso influidos por el feminismo, por entrar en crisis con los modelos masculinos tradicionales, por solidaridad con las mujeres de nuestro entorno o por temor a quedar desfasados. Hoy abundan hombres que tratan de avanzar hacia la igualdad en pueblos, barrios, profesiones y ambientes bastante hostiles, y a estos hombres les ayuda saber que otros hemos hecho parte del camino que ellos empiezan a recorrer».

José Angel Lozoya

Miembro del Foro y de la Red de hombres por la Igualdad.

Bibliografía

“Más allá de la diferencia de género. Hacia una teoría del cuidado”. Joan Tronto, 1978

“Gender Gaps in the Spanish Labor Market”, J. Ignacio Conde-Ruiz FEDEA and Universidad Complutense Ignacio Marra de Artíñano FEDEA.

Instituto Nacional de Estadística.

Instituto de la mujer y para la igualdad de oportunidades

“Las políticas de igualdad y los hombres. José Ángel Lozoya Gómez, Miembro del Foro y de la Red de hombres por la igualdad.

“Cuidadoras y cuidadores: el efecto del género en el cuidado no profesional de los mayores”. Boletín sobre el envejecimiento, N°35, octubre de 2008.

“En las alegrías y en las penas. Hombres islandeses de permiso de paternidad”. Comisión para la igualdad de género del Ayuntamiento de Reikiavik. Þorgerði Einarsdóttu.

“Gizonezkoen sexismoa, maskulinitasuna eta askapena”. Xabier Odriozola Ezeiza-Arreta 2014.

curso on line



Duración: 200 horas

8 créditos ECTS

Organizado por el Departamento de Igualdad del Cabildo de Gran Canaria



y la Universidad de las Palmas de Gran Canaria.



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Unidad de Igualdad



Coordinado por Berdintasun Proiektuak S. Coop.

